

OSBORNE, EL AMOR DETRAS DE LA IRA

por Sebastián Salazar Bondy

Hace tres años, poco más o menos, Juliette Greco difundió una canción melodiosa y desesperada: "Je hais les dimanches". En versos de un poeta popular, la cantante expresaba el terrible tedio que en la gran ciudad contemporánea, en el mundo de hoy, abruma al solitario dentro de la muchedumbre, precisamente en el día tradicionalmente destinado al reposo. El sentido profundo de esta protesta, aparentemente gratuita, lo vino a dar en Londres, un tiempo después, un escritor nuevo, cuya violenta palabra, desde que resonó en el tablado teatral, definió cierta actitud de la juventud europea y, por ende, un modo de ser actual. John Osborne colocó a una joven pareja —Alison y Jimmy Porter— en una buhardilla londinense en un domingo aplastante, sumida en la más densa melancolía, feroz y tierna a la vez, y junto a esos dos seres desgarrados puso a un amigo —Cliff—, víctima también de la inanidad y el escepticismo. Con estos tres personajes, a los que se añade Helen, un huésped inesperado, Osborne compuso un cuarteto de acritud e incertidumbre, de adolescencia quebrada y tristeza prematuramente adulta, que va en un "crescendo" cuya última nota es un quejido, un largo y agudo quejido de amor. Al final, pues, no todo está cerrado ni muerto. Así lo quiere el poeta, que desdeña lo que es obvio, que traspone una realidad a la escena sin revestirla de encan-

tos falaces, pero al cabo de la cual los hombres, pese a sus desgracias, sus odios, sus mentiras, sus locuras, permanecen puros.

En Jimmy Porter, en su insolencia y su incredulidad, en su agresiva conducta que no perdona nada, que no cree en nada, y que se lanza contra toda convención y todo fraude, ha amasado Osborne, tal vez a su imagen y semejanza, la traza de un rebelde. El dice, recordando su primera experiencia ante el cuerpo maltrecho y agónico del padre: "Pasaba yo horas y horas en su pequeño dormitorio. Me hablaba durante horas, derramando todo lo que le quedaba de vida sobre un chico desamparado, azorado, que sólo podía entender a medias lo que decía. Todo lo que podía sentir ese chico era desesperación y amargura, y el dolor dulzón y enfermizo de un hombre moribundo. ¿Comprende usted? . . . Yo aprendí muy temprano lo que era sentir ira. . . Ira e impotencia. Y no pude olvidarlo nunca. Yo sabía más de amor. . . de traición. . . y de muerte cuando tenía diez años que lo que usted podrá tal vez saber en toda su vida entera". En este crisol se crea la personalidad del enemigo social, que ya ni siquiera tiene fe en una revolución o un cambio de los fundamentos de la existencia y la comunidad porque su esperanza está colmada por la crisis de que es expósito. Huérfano de

toda progenitura, actúa movido por recuerdos amargos que suscitan en su corazón y en su mente la ira del batallador sin frente, porque sí. Se arroja sobre la esposa, a la que lo une una pasión vergonzante; contra el amigo, a quien quiere con sentimiento que busca herir; contra su familia y la familia de su mujer, en las cuales ve la imagen del universo que lo maltrató desde niño, y contra todo aquello que mira su profundidad con compasión, pues está habituado a rechazar cualquier signo cordial.

¿Qué es, al fin, este ser humano? ¿Qué quiere? ¿A dónde va? Las respuestas no las da Osborne, por lo menos explícitamente —salvo en explicaciones posteriores a la pieza y la polémica que varias veces desató—, porque su personaje llena la escena y se impone a la manera del ángel caído. Es, en cualquier caso, el arquetipo de los "iracundos", y quiere, como tal, ejercitar un desquite memorable. Va a purgar en un daño terrible —la muerte del hijo no-nato— toda la pena que merece la humanidad despiadada a que pertenece. Ese sacrificio, que es su propia muerte en efigie, que es la liberación del niño que está en su fondo último, lo devuelve al amor, purificándolo. "Estaremos juntos —le dice tiernamente a su esposa vencida por su dureza y su crueldad— en nuestra cueva de osos, en nuestro es-

condite de ardillas, y viviremos de miel, de nueces. . . muchas nueces. Y cantaremos canciones sobre nosotros mismos. . . Sobre árboles cálidos y cuevas abrigadas, y sobre lo bello que es estar tirado al sol. Y tú, con esos grandes ojos, vigilarás mi piel y me ayudarás a tener las garras aseadas, porque soy una clase de oso desaliñado y sucio. Y yo cuidaré de que siempre esté tu cola brillante y tupida, porque eres una ardilla muy preciosa, pero no demasiado astuta. . . así es que hay que cuidarte. . ." Voz pueril ya, que reemplaza al verbo grosero, maldiciente, sombrío, del muchacho agarrotado por la furia de su trágico sinsentido.

"Recordando con ira" —que el Teatro 1160 acaba de estrenar en nuestra ciudad—, de John Osborne, no es, por esta redención del último parlamento de su principal personaje, una obra negra, sin luz. El autor ha registrado una realidad conmovedora de esta era, la ha fijado con tintas crudas, desnudando su espíritu. Detrás del recuerdo está la ira, y detrás de la ira, cuando ella penetra con su fuerza destructora las esencias del vivir y las comprende, está el amor. El amor, que es por sí propio, una lumbrera que indica que el camino continúa, que más allá hay una meta hacia la cual el hombre marcha lento bajo el peso de su historia, pero también ligero con las alas de su libertad.